



“El Gallo” y la raza ibérica

RAFAEL (el Gallo) ha muerto ayer en Sevilla. El torero había logrado burlar a la muerte violenta, dramática, que se canta en letra de romance, para morir en cama y ambiente familiar, con tranquilidad hidalga, oraciones y sacramentos.

Este fué quizá el suceso más normal de su historia, pues el torero había improvisado con genialidad todas las situaciones de su larga vida, impar desde todos los ángulos desde los que pueda contemplarse.

A su imaginación andaluza se había unido la imaginación popular, de tal suerte, que Rafael (el Gallo) resultaba ya un personaje mitológico, en el que pretender separar la historia de la leyenda hubiera sido empresa poco menuda que necia.

Le vi en su antigua casa de la calle O'Donnell, de Sevilla, ahora se ha cumplido un año. Hacía tres meses que aguardaba el calor para asomarse a la calle y el calor no llegaba.

—Aquí me tienes como un pajarito disecado. Muy malo que he estado desde que llegó el frío.

Eran las siete de la tarde. Rafael (el Gallo) acababa de levantarse con su pijama a rayas y se anudaba el pañuelo de seda al cuello.

Por el suelo había montones de colillas y de ceniza de cigarrillos puros, como en la sala de espera de una estación.

—A las seis de la mañana he apagado la luz. Estuve leyendo libros antiguos de tauromaquia que no ha leído nadie.

Se sentó en la butaca, al borde de la mesa camilla.

—Isabel, trae un cafelito...

Isabel, la doncella que cosía junto al balcón, al otro extremo de la casa, tenía oídos de mercader.

—Isabel, trae un cafelito...

A las ocho de la noche El Gallo decía que aún era muy pronto para almorzar y ya cerca de las ocho y media se despachó un par de huevos patatas fritas y después, postre, me hablaba de su tío El Cuco y de Curro Cúchares.

—Isabel, trae un cafelito...

Era su cantilena, su muletilla, que cortaba aquella entrecortada conversación.

De vez en cuando Rafael se levantaba para ilustrar la conversación, ejecutando suertes del toreo con la servilleta: la mano izquierda, apoyada en la cintura, y la derecha, estirada, corriendo la muñeca, mientras alargaba el cuello y erguía la frente como en sus mejores tiempos.

—Si amarras, puedes ligar; si no amarras, el toro se escapa y tienes que correr detrás suyo..., ¿tú me comprendes?

Era ya como la estatua de sí mismo, como una figurilla de Benlliure fundida en bronce.

—¿Sabes en qué se diferencia el toreo de antes del toreo de ahora? Pues en que el de antes era un toreo de más esfuerzo. Nosotros salíamos de la plaza con la camisa empapada por el sudor. Los toreros de ahora salen con la camisa planchada igual que cuando se la pusieron en el hotel. Ahora pueden torear con la misma camisa dos corridas de toros.

Sobre una silla, cerca del balcón, estaba abierto el maletín de aseo que había llevado en sus años de torero por las habitaciones de todos los hoteles.

—Yo he dejado de torear, pero no me he retirado.

Encendía un cigarro y lo abandonaba en una esquina de la mesilla de noche mientras encendía un pitillo.

—Isabel, trae un cafelito...

Contaba historias de toreros antiguos, de aquellos que vestían de corto por la calle y llevaban botonadura de brillantes en la camisa con pechera rizada.

—Curro Cúchares salía «pa» torear y le decía a su mujer: «¡Ea, prepara la mesa, que ahora vuelvo!» Y volvía siempre.

Era un hombre generoso, de infinita bondad, de inteligencia propia de hombres de raza antigua. Todas estas condiciones nobles formaban la cordialidad que en él fué peculiar.

Su mundo estaba lejano, con polvo de museo taurino, con amarillas fotografías en las paredes, con estampas de toros cuya bravura fué apagada por una espada que ya no brilla y que quizá fundida se habrá incorporado al curso de las cosas de esta vida.

Uno piensa también que si cuando estos hombres extraordinarios se mueren volverá su gran temperamento a fundirse en la corriente de nuestra raza ibérica, que ha sido desde siempre impar en el mundo.

Marino GOMEZ - SANTOS